

que he llevado a los más altos puestos.» Pero ¿qué nos sorprende en el hecho? ¿No sabemos que la mayoría de los fundadores de la independencia de los Estados americanos han muerto en el cadalso, en la prisión o en el destierro? ¡Buena «ilustración» la de estos catorce años de revoluciones mexicanas en las que los revolucionarios se han exterminado entre sí implacablemente!

De ese montón de ruinas y de cadáveres no puede salir la democracia; salen los odios y salen las rebeliones, como tallos venenosos de esas simientes rojas. En el Brasil, de años atrás, al igual que en nuestro país, el principio de autoridad parecía haberse salvado del naufragio político. Este principio lo mantuvo don Pedro, como en México el general Díaz, a despecho de la inmensa variedad de elementos políticos disolventes. Deshecho el encanto con la desaparición de estos dos jefes de Estado; rota, por una confusión lamentable, la disciplina, al borrar justificadamente las líneas rígidas de la dictadura, la crisis de estas repúblicas muestra la inconsistencia de sus componentes: las clases gobernantes, faltas de preparación política y embriagadas por un orgullo autoritario; las clases gobernadas, indiferentes y apáticas, rebeldes o sometidas, que en sus días de lucha dan el aspecto más bien que de un alzamiento de pueblo de una insubordinación de esclavos. Malos materiales para construir una democracia.

Precisamente esta falla es la que ha servido de escalera a las dictaduras preparadas por el caudillaje. Con los escombros de las incapacidades y de los odios de las dos clases han edificado sus palacios los monarcas de las repúblicas americanas.

«Nuestra población—habla el doctor Núñez, caudillo de Colombia—no excede de tres millones de habitantes, poco civilizados en su gran parte. Si la fracción social llamada por sus aptitudes a las funciones gubernamentales se divide y subdivide, consagrándose a debilitarse a sí misma, no podremos nunca hacer nada importante como legatarios de la dominación peninsular, mostrándonos superiores.»

Al contacto con la realidad, el doctor Núñez, que había sido radical exaltado y socialista al modo de su época—partidario de las doctrinas de Saint Simón y Luis Blanc—se convierte en un ardoroso sostenedor de la autoridad gubernamental, esta *belle au bois dormant* de estas inquietas cuanto inquietantes comarcas del mundo nuevo.

Toda nueva revolución de exclusivismos personalistas—¿y cuál de ellas no descubre esa tendencia en América Latina?—es una regresión en la conquista de la democracia, porque esta forma de gobierno, según lo acaba de escribir el viejo James Bryce en una reciente obra sobre la materia, es la que más exige del ciudadano y menos le concede en cambio. El sentimiento democrático tiene por bases el desinterés y el amor a la patria.



Regresiones

(De La Nueva Prensa, San José, C. R.)

EN donde quiera que se ha establecido una dictadura para sustituir con el imperio de la espada la acción natural y justa de las instituciones legales, nosotros no podemos ver un progreso sino una simple regresión al pasado: es una vuelta de la sociedad a las épocas en que el hombre no ocupaba sus fuerzas, sus instintos y su inteligencia sino en matar animales. Es un paso hacia atrás. Algunos se desconciertan con ello; algunos se forjan varias esperanzas; algunos que no han podido salir del todo de las edades paleolíticas consideran resueltas sus preocupaciones selváticas de Gobierno. Todo esto es pasajero: la sociedad, cuyos resortes se han distendido por un momento vuelve lenta pero necesariamente a su punto de equilibrio; la ley que con el tirano fué autoritaria vuelve a ser bondadosa y hermana con el magistrado civil; el orden preside de nuevo el movimiento complejo de todas las actividades de la nación; y lo que es mejor aún, la cultura, la que sale del alma libre del hombre, recobra su legítimo sentido y continua realizando su tarea de iluminación. Es decir, pueda que un pueblo pierda su sentido del porvenir, su noción del tiempo futuro. Pueda que así sea, pero volverá a ello indudablemente y seguirá marchando hacia adelante.

El caso de Chile, que no parece haber despertado en nuestras gentes, la más simple reflexión, y que nos toca en el fondo de nuestra conciencia americana, nos ha llenado de asombro no de desesperanza. Lamentamos con el hombre libre de Chile ese espectáculo lamentable que la magnífica República del Sur da al mundo político, ella, cuya majestad republicana iluminaba las modestas democracias del continente. ¿Cómo es posible que esto suceda? Sí es posible: en el fondo de toda conciencia humana o social hay, persistentes, esas fuerzas retardatarias que con el menor descuido surgen desde sus hondos antros para ocupar el asiento de los magistrados. El hombre libre de Chile se dirá y nosotros diremos también: eso pasa. Lo que esas fuerzas conquisten es banal, lo que ellas hagan es perecedero, sus victorias son estériles como por una condenación de Dios. Lo único que persiste, lo único que parece ser eterno, lo único cierto es lo que hace no el instinto ancestral sino el espíritu.

Todas esas dictaduras, aún las que se hacen rodear de ciertos elementos inteligentes, son despreciables y peor aún, ridículas. Por unos momentos, como los personajes de Aristófanes, llenan la escena con su orgullo o con su vocerío. Por un momento deslumbran con el resplandor de sus espadas y aturden con el relincho de sus caballos. Si van de fiesta, los imbéciles los admiran; si dictan leyes, los cortesanos los aplauden; si hacen discursos hay quienes creen no haber oído nunca más hermosas palabras. Todo esto es mentira, y mientras esta mentira se entroniza, la verdad vengativa devora, como el mar, los cimientos de toda esa maquinaria teatral, para preparar su fracaso.

No, Chile volverá a sus días grandes. La espada que sirvió para conquistar la libertad y para defender gallardamente los derechos de la nación, no matará la libertad chilena, porque donde quiera, la libertad es una diosa divina y el acero es apenas un ciego instrumento.

RÓMULO TOVAR

Lea el REPERTORIO y recomiéndelo a sus amigos.